



UN CRIMEN NO CASTIGADO POR LOS TRIBUNALES.

EL héroe de esta verídica historia vivía aprisionado en una jaula de hierro, siempre vestido de verde y encarnado, y hablando á tontas y á locas. Se llamaba Coco, y era un loro! Pero un loro amable, de talento, de buen corazon y de nobles maneras.

Tierno y aficionado á volar por los bosques, le privaron de

muchos goces que la naturaleza ha concedido á los loros, sin que jamás conociese la alegría de padre ni el placer de esposo. Arrebatado á su familia desde su mas tierna edad, privado de sus semejantes, desterrado de su patria, Coco vivió en la esclavitud y el celibato, solo amó á seres superiores á él, gozó de la celebridad, y fue tan desgraciado como el hombre mas infeliz.

Un capitán de cierto buque mercante compró á Coco en Rio Janeiro, capital del Brasil, y á su vuelta á España lo regaló á una señorita amiga suya, la cual tomó mucho cariño al loro, hasta el extremo de llevarle á paseo en brazos, como en otro tiempo llevaban alcones las damas. Instalado Coco en el aposento de su ama, cuidado por Lucía, doncella mal encarada, como solo oía palabras cariñosas y dulces, olvidó los términos de marina que aprendió á bordo del buque que le trajo á España; y acompañando á la señorita Emilia Giron á la tertulia, viviendo entre personas ilustradas, rodeado de las comodidades del lujo, atestado de golosinas, viendo únicamente lazos, terciopelos, gasas y esencias, Coco se hizo el loro mas célebre, no solo de Cádiz, sino de toda la Andalucía.

Pero á aquellos hermosos dias debían suceder otros de tempestad, y á aquel lujo la miseria!.... Huérfana Emilia Giron, sin auxilio alguno en la tierra, fué consumiendo su caudal, y cuando llegó á ser vieja se mantenía únicamente con lo que le daban dos sobrinos suyos, capitanes de la guardia real. Lucía, que jamás quiso abandonar á su ama, cuidábala lo mejor que podia, y la buena señora aguardaba el término de su vida con resignacion sí, mas no sin sentimiento.

Porque habeis de saber que la *señorita* Emilia, con sus sesenta años y vestida á la moda de 1790, queria extraordinariamente á un ser, compañero de su juventud, y que mas de una vez la habia hecho sonreír con sus picarescos dichos. Coco, el loro del Brasil, habia permanecido tambien al lado de su ama, y la buena señora dividia sus caricias entre él y otro personaje llamado *Mizo*, camarada y amigo de Coco, y que tenia tres colores. Este cuarto personaje no era otro que un gato de pelo muy fino, de bonita cara, de patas de terciopelo y de graciosos gestos. Mizo era observador, sensible, inteligente, y muchas veces al dia abandonaba el dulce calor de la lumbre y los provechos de la cocina, para acercarse á la jaula de Coco, junto á la cual dormia por la noche.

Emilia Giron, Lucía, Coco y Mizo, son pues los cuatro actores de este drama.

ESCENA.

Aposento de la señora con ventanas al jardín. Es de día y el sol penetra en la habitación. La vieja aparece sentada en su butaca junto á una ventana abierta y cerca de la mesa donde está Coco. Tiene un libro en la mano que lee con aire distraído, mirando á cada instante á Coco y á Mizo, el cual restrega su cabeza contra los hierros de la jaula, para que Coco lo acaricie con el pico. Cuando cree que Coco se ha cansado, mete las manos entre dos barrotes al parecer separados para este uso, y acaricia á su amigo. La señora Emilia suelta el libro, saca de la faltriquera un almanaque, y mira la fecha.

EMILIA GIRON, á Coco.

Hoy hay treinta años que entraste en mi casa por la vez primera: por cierto que el día era hermosísimo, y el jardín estaba lleno de flores.

Coco.

Quiero á mi ama! quiero á mi ama!

EMILIA.

Sí, á poco de salir del buque ya sabias estas palabras!

(*Emilia queda sumerjida en profunda meditacion*).

LUCIA, entrando.

Señorita, voy á salir.

EMILIA.

A dónde vas?

LUCIA.

Vaya una pregunta! ya que quiere V. pescado, es preciso ir á buscarlo, porque no ha de venir él solo.

EMILIA.

Si no te gusta salir.....

Coco, apresuradamente.

No! no! no!

LUCIA, remedando á Coco.

No, no, no; yo te daré no, no, no, holgazan. ¿Con que te alegras cuando salgo, tunante?

Coco.

Sí, sí, sí.

:

LUCIA, *con enfado.*

Algún dia me pagarás tantas injurias como me haces.

EMILIA.

Pues no da valor á palabras dichas por casualidad!

LUCIA, *en tono agrio.*

Señorita, yo no sé qué es lo que tiene en la cabeza contra mí; pero es bien claro que me ha tomado manía.

Coco, *dando una carcajada.*

Ho! ho! ho!

EMILIA.

Con todo tu talento, eres una necia, Lucía.

LUCIA, *acalorándose.*

Es una ingratitud!... yo no podia creer que hubiese pájaros tan ingratos como los hombres!... A mí que le sufro todos sus caprichos, que le mimo todo el día, y que hago cuanto quiere, debía tenerme mas cariño que á V. Sí, señora, mas que á V. ¿Quién le trae cañamones, dulces y cuanto apetece el señor?

EMILIA, *sonriendo.*

Tienes razon; pero ve por el pescado.

LUCIA, *amenazando á Coco.*

Te he de torcer el pico!

Coco, *remedando á Lucía..*

El pico!

LUCIA, *furiosa.*

Burlate de mí, que ya veremos quien puede mas!

(*Vase.*)

EMILIA, *á Coco y á Mizo.*

Se fué, hijos míos?

Coco, alegre.

Sí, sí, sí.

(Mizo que tambien ha comprendido la pregunta de su ama, corre á la puerta, huele, escucha, y luego vuelve haciendo un ron ron tan satisfactorio que Emilia abre la jaula del loro y le da libertad. Coco salta al hombro de su ama, y despues va á jugar con Mizo.)

EMILIA.

¿Qué daño hacen estos pobres animales? no sé por qué Lucía los trata con tanta severidad, y no quiere que Coco salga de su jaula.

(Emilia acaricia á Coco y á Mizo, el cual alza las orejas, corre á la puerta y vuelve asustado. Emilia encierra en la jaula precipitadamente á Coco.)

Démosnos prisa, porque si supiera que has salido, te regañaría!
(Se oye meter la llave en la cerradura, y Mizo ocupa con aire de hipocresía el sitio donde se hallaba cuando se marchó Lucía.)

LUCIA, notando la turbacion de su ama.

Dios mio! qué ajitada está V. señorita! qué es lo que ha habido?

(Dirije una mirada escrutadora al suelo, y descubre sobre la estera una prueba de la libertad dada á Coco.)

Ya veo lo que es! ha dejado V. salir á Coco como para recompensarle las picardías que me ha hecho hoy! Señorita, voy á hablar á V. con claridad... Hartos quehaceres tengo para que haya de pasar la mitad del dia en limpiar la estera y los sillones emporcados por el señor! El otro dia manchó el vestido nuevo de V., y ha costado diez cuartos quitarle la mancha... Acuértese V. de que no somos ricas, y que yo me voy poniendo vieja, y no puedo con el trabajo... Para acabar, ó el loro no sale, ó que otra limpie lo que ensucie.

EMILIA, abriendo la puerta de la jaula.

Lucía, mi pobre loro saldrá mientras su ama tenga fuerzas para abrir esta puerta, ya un poco apretada para su débil mano; y cuando no pueda dar algunas horas de libertad á su antiguo amigo, estoy segura de que algun dia te arrepentirás de haber hecho sufrir á Coco!

Coco, saliendo de la jaula.

Pícara! pícara!

(Lucía furiosa quiere coger al loro, y este se defiende; pero al

fin se apodera de él y lo arroja con fuerza en la jaula, cuya puerta cierra con precipitación).

EMILIA.

Lucía, vete de aquí.

LUCIA, *desesperada.*

Sí, me iré, y mas lejos de lo que V. cree, porque no quiero que se me tenga por menos que un loro.

EMILIA.

Lucía, tu amenaza es una crueldad; vete á tu cuarto!

LUCIA, *al salir.*

Dónde se habrá visto que se prefieran los pájaros á los criados?
(*Emilia rompe á llorar, y Mizo inquieto va de su ama á Coco, lame las manos de su ama y acaricia al loro.*)

EMILIA, *en voz baja.*

Pobre Coco! te ha hecho daño?

COCO, *con voz triste.*

Ama! ama!

EMILIA, *siguiendo con la vista á un pájaro que vuela hacia las nubes..*

Qué locura enfadarse así!... Bien pronto alzaré el vuelo como esa golondrina, y seré feliz!... Olvidemos las injurias, y no demos que sentir á la única criatura que me cuida.

COCO, *aflijido.*

Ama! ama!

(*Emilia procura llamar á Lucía, pero le falta la voz, y la emoción de esta escena la hace desmayarse.*)

COCO, *asustado, llama con fuerza.*

Lucía! Lucía! Lucía!

(*Mizo corre á la cocina, y trae á Lucía cogida del delantal.*)

LUCIA.

Dios mío! Dios mío! mi pobre ama!... pícaro animal, tú tienes la culpa, pero ya me las pagarás!

(*Se acerca á su ama, y la hace volver en sí.*)

Algunos días despues de la escena que acabamos de describir, al parecer nadie se acordaba de ella; pero, sin embargo, la señora Emilia Giron no se atrevia á dar libertad á su loro, y Lucía se aprovechó de aquel acto de temor para establecer su autoridad de un modo despótico.

Coco, naturalmente alegre, franco y malicioso, aborrecia á la criada, y expresaba su odio con bromas, que para colmo de infortunio algunas veces hacian sonreír á su ama. Coco, por ejemplo, solia interrumpir á Lucía en medio del diluvio de palabras que esta hacia llover sobre la señora, dirigiéndola expresiones cariñosas; de suerte que Lucía, acordándose del cariño que en otro tiempo tuvo al loro, se acercaba á la jaula, diciéndole: «¿qué quieres, mono mio?... *Vieja charlatana!* le soplabá Coco al oído con voz exténtorea, riéndose á carcajadas.

Otro día, imitando la tos de la criada, parecia que se ahogaba, y Lucía, creyendo que tambien los loros tienen inflamaciones catarrales, se acercaba al pérfido, el cual la esperaba para picarla en la nariz, lo que desesperaba á Lucía hasta el extremo de decir entre dientes:

—«Todo esto ha de acabar mal.»

En medio de circunstancias tan críticas, Mizo, mas político que Coco, acariciaba á Lucía, llevando sus atenciones hasta acostarse en la cama de la criada, porque allí cada uno amaba á su manera; Coco injuriando á Lucía creia vengar á su ama, y Mizo creia salvar á su amigo. Gato sublime!

Empero Lucía mudó de conducta, y en vez de enfadarse con las ofensas del loro, era la primera que se reía de sus malicias.

—«Coco, dijo un día la señora Emilia, somos perdidos; Lucía trata de vengarse!»

Y en efecto no se engañaba la pobre señora, y he aquí como Lucía se las compuso para llevar á cabo su venganza. Como la debilidad de su ama se aumentase hasta el extremo de que el menor ruido, una voz fuerte, un portazo la causaba una sensacion profunda, resentida como se hallaba de los nervios, cuando Coco gritaba, lo que solia hacer algunas veces, Emilia aturdida encargaba al loro que callase, y Lucía dijo un día:

—«Ya no puede V. sufrir el loro, señorita.

—Al contrario, Lucía, me distrae, y sin él los días se me harían muy pesados!

—Señorita, ahora sé yo mejor que V. lo que la perjudica y lo que la conviene. Coco acorta los días de V., porque necesita V. mucha tranquilidad y completo reposo.

—Lucía, dijo la anciana señora en tono de suplica, déjame á mi pobre Coco, porque es el compañero de mi vida, y me recuerda á mis amigos.»

Durante este altercado, el loro gritaba *ama!* con tales infle-

xiones de voz, que parecia decir *desfíndeme! desfíndeme!*; pero ay! la señora Emilia no tenia fuerzas para luchar con Lucía.

Un día de diciembre en que Coco, para distraer á su querida ama, habia estado mas alegre que nunca, Lucía lo trasladó desde el aposento en que habia vivido 18 años, á una cocina ahumada, triste y solitaria. Su pobre ama lo siguió con los ojos, diciendo:

—«Qué débil es una cuando se pone vieja!»

Lucía, á pesar de su insensibilidad, llevaba á su ama dos veces al día el loro; pero la alegría que los dos manifestaban al verse, reanimaba los celos de la criada, y acabó por no llevar á Coco, sin que Emilia se atreviese á preguntar por él!

Sin embargo, un día en que la criada, como para disculpar su crueldad, dijo que los dolores reumáticos le impedían trasladar la jaula, exclamó la pobre señora:

—«Tráele sin la jaula.

—Ni por pienso! respondió Lucía en tono ágrío; para cojerlo, tendría que sostener un combate, porque Coco se vá haciendo feroz!

—Coco feroz! decia Emilia llorando; esto prueba que Lucía atormenta á mi pobre amigo!»

Y como la infeliz señora no podia soportar la privacion de no ver al único amigo que tenia á su lado, empleó, para ganar á Lucía, tanta diplomacia como para conquistar un reino, haciéndola continuos regalos y acariciándola. Luego, escojiendo hora y momento, la dijo:

—«Lucía, dame el brazo, porque tú quieres á tu ama mas que Coco! ya conozco tu intencion..... privándome de Coco, te has propuesto que haga ejercicio para recobrar las fuerzas; tienes razon, es preciso que ande un poco.»

Y revistiéndose de autoridad, quiso dirigirse á la cocina. La criada, aunque furiosa, no se atrevió á resistir abiertamente á su ama, y la condujo de un modo brusco, pero que prestó alguna enerjia para andar á la achacosa señora. Cuando llegó á la cocina, el espectáculo que se presentó á sus ojos la quitó enteramente el valor. Coco triste, taciturno, espeluznado, cuando vió á su ama, gritó: *al fin has venido!* mas con inflexion tan sentida, que su ama se conmovió dolorosamente. Coco la habia esperado todos los dias, todas las horas, todos los instantes, siempre pensando en ella!....

La señora Emilia no pudo presenciar impasible el estado lastimoso de su loro, y cayó sin sentido en brazos de Lucía, la cual la condujo á su lecho, diciéndola brutalmente, cuando volvió en sí:

—«Para que yo permita á V. otra vez que ande y vea á Coco!.... No en mis dias.

—Lucía, respondió Emilia, Coco está muy flaco!

—Siempre ha estado así! por lo demas, no atormentará á V. la vista de su querido loro.

—Lucía, Coco está muy triste.

—Triste? diga V. mas bien que es un hipócrita, y que se ha hecho un santurron en su presencia, porque un momento antes jugaba con Mizo, y hacia tanto ruido que tuve que separarlos, y encerrar á Mizo en mi cuarto. Pero que esté triste ó alegre, yo respondo á V. de que por él no ha de tener mas desazones.»

La pobre señora jamás volvió á preguntar por Coco; pero Mizo iba y venia de la cocina á la sala, y de la sala á la cocina con tal inquietud, que cierto dia del mes de febrero, en que Lucía habia salido de casa, Emilia apoyada en su baston, y asiéndose de las sillas, de las paredes y de las puertas, se trasladó sola á la cocina!.... Pero cual no fué su tormento no encontrando á Coco!

—«Mizo, dónde está Coco?

El gato corrió al cuarto de Lucía, y la vieja le siguió como pudo, hallando á Coco medio muerto, tiritando, sin agua, sin cañamones, débil y sin voz! Emilia procuró abrir la puerta de la jaula, mas la puerta estaba condenada!.... trató entonces de transportar la jaula; pero no habia dado tres pasos, cuando cayó al suelo.

Lucía la encontró en aquel estado, y algunos instantes después espiraba Coco presa de violentas convulsiones, porque Lucía habia puesto perejil en el pan mojado que le dió, y que devoró al instante el pobre hambriento. Lucía dejó abierta la puerta de la jaula, y Mizo logró introducirse en ella, para lamer y acariciar á su infeliz amigo, en tanto que la señora tendida en su lecho ordenaba imperiosamente á la criada que le llevase á Coco.

—«Aquí está, dijo, presentando la jaula!»

La señora Emilia vió á Mizo y á Coco estrechamente unidos, vivo el uno y el otro muerto, y cubriéndose la cara con la colcha, lloró amargamente el funesto destino de su compañero de juventud.

Aquella misma noche Lucía enterró en la bodega á Coco, y al dia siguiente de su crimen velaba á su ama, que no habia pronunciado la menor palabra de reconvencion. Era media noche, y la criada sentia á la vez el aguijon del remordimiento y la alegría de la venganza, cuando vió á sus pies á Coco desenterrado por Mizo, y llevado á la alcoba de su ama. Lucía asustada no comprendió por qué milagro estaba allí el loro, y llevándolo de nuevo á la bodega, hizo un hoyo tan profundo, que Mizo no pudo sacarlo; pero no quiso moverse de allí, y á los tres dias murió sobre la tumba del pobre Coco.

Tal fué el fin deplorable de dos seres admirables, de dos seres dignos de ser llorados, puesto que sabian amar! La señora Emilia Giron falleció algunas semanas despues, contenta con dejar este mundo por un mundo mejor, y murió sin legar una hilacha á Lucía!...

A esto se agregó el que los remordimientos asaltaron de repente á Lucía, y desde entonces no tuvo ni una hora de tranquilidad, ni un momento de alegría: su turbada conciencia la acusaba de haber muerto á su ama, acortando su vida despues de quitarla á Coco y á Mizo; y teniendo siempre presente la repentina aparicion del loro, creía sin cesar verle á sus pies, y por la noche se figuraba oírle echarla en cara sus crímenes, y hasta se sentia desgarrada por su pico.

Un viejo avaro descubrió la fortunilla que Lucía habia hecho en casa de su ama; la hizo algunos arrumacos, y olvidando la vieja su edad, su figura, su caracter y sus pesos duros, se casó con el avaro, el cual vengó á la señora Emilia Giron y á las otras dos víctimas de Lucía, quien privada de todo, molida á palos con sobrada frecuencia, y despreciada del avaro, murió antes que este.

Tal fué el fin de Lucía, cuyo fin prueba que muchas veces, aun en la tierra, Dios castiga á los malos....

El narrador de esta historia, cuando vé á unos niños que se entretienen en hacer sufrir á algun animal, cree hallar en sus lindos rostros el feo semblante de Lucía, culpable sin duda alguna á los ojos de nuestros jóvenes lectores, porque ¿no habia lastimado el corazon de una pobre vieja? ¿no la habia hecho verter amargas lágrimas? ¿no martirizó á unos seres amables y cariñosos?

Queridos niños, acordaos de Lucía, y nunca maltrateis á los animales, ni mucho menos hagais sufrir á persona alguna.

DEFINICION SUCINTA DE LOS CUERPOS CELESTES.

(Conclusion.)

APENAS llegó la noche del dia siguiente, los tres niños se apresuraron á tomar asiento en la ventana, á donde llegó á poco D. Fernando Torrealba, preguntando si Carlos habia explicado la víspera el sistema solar.

MATILDE. No, papá.

D. FERNANDO. El sistema solar se compone del sol, que for-

ma el centro, y muchos cuerpos mas pequeños, que se mueven en torno suyo en sentido casi circular ó esférico: comprende todos los cuerpos que reciben del sol luz y calor. ¿Sabes cuáles son estos cuerpos.

MATILDE. La tierra, la luna y demas planetas.

D. FERNANDO. A los cuales se puede añadir los cometas.

ENRIQUETA. ¿Cómo los cometas, papá? Yo creía que los cometas eran estrellas errantes con grandes colas, que aparecen de pronto en el cielo.

D. FERNANDO. Así se les consideraba en otro tiempo; pero la astronomía nos ha hecho conocer una multitud de fenómenos, que por lo raro de su aparición, escitan el asombro de la ignorancia, siendo los cometas uno de estos fenómenos mas notables.

Se vé sin reflexionar que el sol sale y se oculta todos los dias: nadie duda que volverá á aparecer á la hora acostumbrada, y sabiendo que Dios ha creado este astro para producir el dia, se piensa, no sin razon, que habrá dia mientras dure el mundo.

Se vé que la luna cambia de forma, que se convierte de simple línea de plata en un círculo completo, que luego disminuye, y que al fin desaparece, y nadie duda que aparecerá bien pronto, porque este convencimiento nace de que siempre ha sucedido así desde el principio hasta el fin.

Pero los cometas, por su rareza, siempre han sido objeto de admiracion; y en los tiempos en que se ignoraba su verdadera naturaleza, la supersticion los consideraba como precursores de algun suceso funesto.

Y esto no debe sorprenderos: ¿no habia antiguamente jentes crédulas que consideraban al grillo, este insecto tan alegre, como un hésped que atraía la dicha á una casa, mientras otros pretendian que causaba desgracias? este ejemplo basta para demostrar lo absurdo de semejantes quimeras, porque no podia á la vez el grillo causar la ventura y el infortunio, de suerte que tales supersticiones son una especie de idolatría.

ENRIQUETA. ¡Una idolatría!

D. FERNANDO. Sí, es atribuir á una criatura un poder que notiene, y que solo pertenece al supremo regulador del universo.

En los tiempos en que reinaba la ignorancia, acostumbrábase en las naciones paganas matar animales, examinar sus entrañas, y sacar de ellas ó pretender sacar presagios dichosos ó malaventurados: así leemos que Nabucodonosor, rey de Babilonia, que redujo los judíos á la cautividad (el mismo que santificó el becerro de oro en los llanos de Doura, y que despues fué desterrado de la especie humana y reducido á pastar en los campos como los bueyes) así leemos que antes de embestir á Jerusalem, recurrió á la adivinacion, consultando á las imágenes, es decir, los dioses

falsos, é interrogando el hígado de los animales que hacia matar á este efecto. Así es como se examinaba tambien el vuelo de las aves para sacar señales y presagios.

MATILDE. ¿Cómo es eso, papá?

D. FERNANDO. Voy á contaros una historia que leí esta mañana. Un destacamento de judíos se dirijia desde la Judea al mar Rojo, y uno de ellos se llamaba Mosalem. Iba tambien un hombre que pretendia ser adivino, y anunciar los sucesos futuros. Seguian todos su ruta con la mayor tranquilidad del mundo, cuando de repente se paró la tropa. Mosalem, que se habia quedado algo detras, se acercó para saber lo que les detenia, y oyó al adivino que decia mostrando un pájaro posado en un árbol: «si ese pájaro se está quieto, no debeis moveros; si vuela hácia adelante, debeis seguir la marcha; pero si vuela hácia el lado opuesto, debis tomar la vuelta de Judea.» Mosalem, sin decir una palabra, cojió una flecha, y mató al pájaro. El adivino y algunos otros, indignados de esta accion, gritaron *haro!* (muera) contra Mosalem; pero él les dijo: «no es una locura hacer tanto ruido por una miserable avecilla? Si esa pobre criatura hubiese podido predecir el bien ó el mal, no hubiera dejado el árbol antes que yo la matase?»

MATILDE. ¿Es particular que haya gente tan tonta!

D. FERNANDO. Para nosotros, que vivimos en una época en que la instruccion y la religion están muy esparcidas, esto es increíble; pero en vez de criticar á los que han sido menos favorecidos que nosotros, debemos ver en las relaciones que nos han transmitido una razon mas para aprovecharnos de las luces que hemos adquirido. Por eso no hay que extrañar que en tiempos en que los hombres eran tan ignorantes que daban fé á tales puerilidades, las no acostumbradas apariciones en el cielo de ciertos fenómenos fuesen consideradas como signos de la cólera celeste, y los precursores de la guerra, de la peste, del hambre y otras calamidades.

CARLOS. Pero dígame V., papá, los cometas no tienen influencia en las estaciones?

D. FERNANDO. Así se cree comunmente, pero es un gran error, y jamás la ciencia ha reconocido esta influencia. Un célebre astrónomo (M. Arago) ha hecho una descripcion de la temperatura, segun las observaciones recojidas desde hace mas de noventa años, así como de los cometas, y ha demostrado que de ningun modo obran sobre la temperatura.

ENRIQUETA. ¿Papá, los cometas no son algunas veces causa de una epidemia?

D. FERNANDO. De ninguna manera: por lo demas, os costará trabajo creer lo que voy á deciros de los efectos que se atribuyeron á un cometa.

MATILDE. ¿Cuáles, papá?

D. FERNANDO. Una enfermedad general en los perros de Wesfalia.

TODOS. ¡Esto no es posible!

CARLOS. ¿Quién podría creer semejante cosa?

D. FERNANDO. Esto prueba hasta qué punto se estravia uno cuando persiste en ideas que no se fundan en la realidad.

Ahora que estamos seguros de lo que hay acerca de la influencia de los cometas, procuremos formar una idea de su verdadera naturaleza.

Lo mismo que los planetas, tienen los cometas un movimiento orbicular en derredor del sol; pero como la mayor parte gastan muchísimo tiempo (algunas veces mas de mil años) en dar vuelta al círculo, la brevedad de la vida nos impide, salvo algunas escepciones, ver dos veces el mismo cometa mientras vivimos.

CARLOS. Papá ¿se ha visto alguna vez el mismo cometa?

D. FERNANDO. Sí: se ha demostrado la vuelta de tres cometas en periodos determinados, á saber, el cometa de Halley, el de Eneké y el de Biela. El cometa de Eneké (que debe su nombre al profesor Eneké de Berlin) terminó su vuelta en derredor del sol en mil doscientos dias, cerca de tres años y medio. Muchas veces se ha observado su vuelta regular en la época indicada, pero es invisible sin el auxilio del telescopio.

El cometa de Biela (así llamado de M. Biela, oficial austriaco) terminó su carrera en el espacio de cerca de seis años y ocho meses; es un cometa pequeño é insignificante, invisible á la simple vista.

El cometa Halley, que debe su nombre al célebre astrónomo Edmundo Halley, y que apareció en el año 1835 despues de sesenta y seis de ausencia, reclama nuestra particular atencion.

Fue observado por el doctor Halley en el año 1682, y casi en la misma época, habiendo hecho Isaac Newton el admirable descubrimiento de las leyes que arreglan el movimiento de los cuerpos celestes, el doctor Halley las aplicó con especialidad á los cometas, y despues de un profundo examen de las tradiciones recojidas, dedujo que era el mismo cometa que apareció en los años 1607 y 1531, habiendo sido de cerca de 66 años los intervalos de una á otra aparicion. Se ha hablado de multitud de cometas, y la historia cita entre otros uno que apareció ciento treinta años antes del nacimiento de Jesueristo: creíase que todos eran diferentes; pero el doctor Halley á casi todos los consideraba como el mismo que habia visto en 1682, lo cual lo animó á anunciar que se podía esperar volver á verle en 1758 ó 1759.

Al acercarse la época designada, todos los astrónomos se pusieron á observar con cuidado la llegada del maravilloso viajero,

y hubo algunos que estuvieron ocupados diez y ocho meses en tan laboriosa tarea. Pero la honra de ser los primeros en descubrir al viajero no estaba reservada á aquellos sabios personajes. Un simple aldeano de Prolir, cerca de Dresde, muy hábil en el estudio de las estrellas, fué el primero que vió el cometa.

MATILDE. ¡Es cosa particular! ¿Y cómo pudo saber lo que eran los cometas?

D. FERNANDO. ¿Qué quieres? sus medios para instruirse eran muy limitados; pero habia hecho muy buen uso de aquellos de que podía disponer.

CARLOS. ¡Qué chasco se llevaron los astrónomos! Y sin embargo, el doctor Halley tenia razon.

D. FERNANDO. Sí, y el cometa llegó á su mayor proximidad hácia el sol el 12 de marzo de 1759.

CARLOS. ¿Es brillante, papá?

D. FERNANDO. Aquella vez el cometa apareció en circunstancias no muy favorables, estando casi siempre oscurecido por el efecto del crepúsculo: parecia enteramente redondo con un punto brillante rodeado de una especie de vapor ó nubecilla, y sin que se distinguiese nada que se pareciera á una cola.

MATILDE. ¿No tenia cola? Pues yo creia que los cometas siempre tenian una cola.

D. FERNANDO. Cuando se dió á estos cuerpos extraordinarios el nombre de cometa (que se deriva del nombre latino *coma*, cabellera) suponíase que todos tenian cola. Pero mas tarde se observó que muchos cometas no terminaban en parte que tuviese cabellos. Cuando los tienen, no son colas, hablando con propiedad, porque no siempre siguen la cabeza del cometa á la manera de cabellos flotantes, sino únicamente durante el período en que el cometa se acerca al sol, que los absorbe con el brillo de sus rayos, impidiéndonos verlos por algun tiempo. Luego que han pasado del sol y aparecen al otro lado, se vé delante del cometa esta especie de crin, parecida entonces á una barba brillante. Hace noventa años se vió uno proyectando seis chorros de luz que le cercaban como un estenso abanico. Otros han sido descritos enteramente sin colas, tan brillantes y tan redondos como el planeta Júpiter, y aun ha habido algunos parecidos á nubes ó masas de vapor.

ENRIQUETA. Los cometas no son lo que yo me habia imaginado. Yo creia que eran poco mas ó menos como los cohetes volantes que pasan inflamados por medio de los aires hasta que se consumen, y me figuraba las colas como los globos de chispas que siguen á los cohetes en su carrera.

D. FERNANDO. Muy lejos de ser inflamados, los cometas son al parecer masas de vapor que brillan por la luz que el sol refleja, y puede comparárseles á esas ligeras y apiñadas nubes que flotan

en las altas regiones de nuestra atmósfera, y que muchas veces al ponerse el sol aparecen bañadas en luz y como en combustion.

Pero volviendo al cometa de Halley, es el que apareció en 1835. Hubiérais podido contemplarle en la noche del 3 de octubre, visible en el Oriente, casi en línea intermedia entre la estrella brillante llamada Castor y la estrella mayor de la Gran Osa.

CARLOS. Pero, papá, si los cometas se presentan bajo diferentes formas ¿cómo se conoce que son los mismos que vuelven?

D. FERNANDO. Hay dos medios, la observacion y el cálculo, y el uno corrobora á la otra. Escucha la analogía que voy á presentarte. Nuestro cercado tiene una milla de circuito: ahora bien, si empleo cinco minutos en andar la cuarta parte del camino, puedo calcular ó reconocer que si no encuentro algun obstáculo, emplearé cuatro veces el mismo tiempo, ó veinte minutos en dar vuelta al cercado. De la misma manera se puede calcular el tiempo que gastará un cometa en dar vuelta al sol, observando el que emplea en recorrer á nuestra vista una corta porcion de su ruta.

ENRIQUETA. Pero ¿cómo se conoce la direccion que lleva?

D. FERNANDO. Voy á explicártelo: figúrate que tú estás ahí como espectadora, que esta taza representa el sol y esta cucharita el cometa. Ahora voy á poner la cuchara (el cometa) en línea recta de la ventana á la puerta entre tú y la taza, (el sol). Mientras la cuchara camine en esta direccion, jamás puede volver á donde tú estás ó donde se halla la taza, no es verdad?

ENRIQUETA. De seguro que no, papá.

D. FERNANDO. Ahora bien, ponte junto á esta mesita redonda. Voy á colocar la taza (el sol) en medio de la mesa, y tú siempre eres el espectador que está en la tierra: entonces llevo la cuchara (el cometa) en rededor de los bordes de la taza, y verás que siguiendo esta ruta, no puede dejar de volver á donde tú estás.

ENRIQUETA. Es claro que si dá vuelta á la mesa, por necesidad ha de volver á donde yo estoy.

MATILDE. Pero, papá, el cometa no tiene mesa al rededor de la cual pueda dar vuelta para guiar su marcha.

D. FERNANDO. Es lo mismo que si yo con el lapiz tirase una línea sobre el suelo; pues aunque el cometa no tiene línea perceptible para dejar huella á su paso, la sabiduría suprema le ha señalado un camino, que sigue constantemente conforme á las leyes de su autor.

Antes de hacerse el maravilloso descubrimiento de las leyes de la gravitacion y del equilibrio de los cuerpos, considerábase á los cometas como masas errantes que no seguian ninguna ley conocida, y se les miraba como á piratas ó ladrones, los cuales nunca se presentan sino para causar daño. Pero hoy, lejos de mirarlos como objetos de terror, esperamos su llegada con ahinco

como la de un viajero que llegase de lejanas tierras. Y si acaeciera que un cometa apareciese de repente y sin estar previsto, no escitaría mas alarma que la venida de un habitante de la Nueva Zelandia ó de otra region desconocida.

ENRIQUETA. Oh! qué hermoso es todo esto, y qué cosas tan grandes ha hecho el Criador!

MATILDE. Es verdad!... Pero dime, papá, ¿será posible que el autor de todas estas maravillas cuide de un pobre ser tan pequeño como yo?

D. FERNANDO. Sí, hija mia, porque Dios está presente en todas partes, y como si el mismo cielo fuese estrecho para él, cuida de todos los objetos de la creacion, y tiene fijos sus ojos en el bien y el mal. Siempre estamos en presencia del que nos juzgará algun dia, y continuamente nos observa, lo cual puede servir de terror á los malos, pero debe ser un manantial inagotable de confianza para los que procuran obedecer la voluntad suprema.

Así, queridos hijos, cuanta mayor sea nuestra ilustracion acerca del poder, la sabiduria y bondad de Dios, que se revelan en toda la creacion, tanto mas aprenderemos á amarle, poniendo en él toda nuestra esperanza.

AL GUSANO DE SEDA.

Soneto.

¡Qué bellos son los frutos, oh gusano,
De tu noble afanar, y cuán hermosos
Son los vestidos con que adorno ufano
Mis miembros ya entumidos, ya ardorosos!
Consagras de tu vida al ser humano
Esos pocos momentos laboriosos,
Y el hombre ingrato, en su pensar liviano,
No admira tus trabajos prodigiosos.
Tu labor, oh gusano, concluida,
Acaso de tristeza al punto mueres;
Mas al perder tu laboriosa vida,
Grande igualmente y generoso eres,
Pues dejas numerosos herederos
Que sigan tu trabajo placenteros.

TENORIO.